



## CAPÍTULO XII.

---

APUNTES PARA LA HOJA DE SERVICIOS  
DE GÓMEZ.

**A**QUELLOS dos pájaros de cuenta se entregaron con deleite á las enchiladas, al pulque y á la conversación.

—¿Conque le ha ido bien, no, amigo? le preguntó el Pájaro á Gómez.

—¡Vaya! ¿pues nó me vé? Métase también; mire que en la bola está uno mejor; pues á mí ¡cuando me hacen nada ya! ¡Si viera qué oficios tengo de los jefes! de mu-

cha honra, amigo; y lo que es la justicia, pues ahora es ella la que me teme. ¿Lo creerá, amigo?

—¡Pues cómo no!

—Métase, yo sé lo que le digo. ¿Cuántos muchachos tiene?

—No más tengo siete.

—¡Adios!

—¡Por vida de usted! ¿Pues qué no sabe que por fin me fusilaron al Chato?

—¡Lo fusilaron!

—¡Vaya! pues cuándo lo pudimos salvar! y oiga usted, recomendaciones no faltaron; *así*, de personas particulares...

Al decir la palabra *así*, el Pájaro juntó las puntas de los dedos moviéndolos.

—*Así* de licenciados, pero siempre lo lastimaron; pero ya uno pagó: á los cuatro días me lo encontré mal parado, y allí fué donde.

—¿Y ahora adónde iba, amigo?

—Pues como supe que aquí estaba, en lugar de cojer para allá, me metí al pueblo; y yo dije, pues al cabo somos amigos; ¡qué me han de hacer!

—¿Pues qué?...

—Nada; sinó que ayer por allá, por Loma Alta, nos encontramos los muchachos y yo con unos valientes, y...

—Me acaban de dar parte, dijo Gómez, que han traído dos cadáveres.

—¡Adios! *¡esque* cadáveres ¡ya usted sí que...

—Dicen que los trajeron en una escalera...

—¡Pues mire qué delicados! si apenas los regañé! sería algún rasguño que se les encontró.

—Quién sabe; pero llegaron muertos.

—¡Adios! ya no puede uno echar mano al *cháfalo*; luego dicen que se mueren; y es que el Ratón afila mucho.

—¿Quién es el Ratón?

—El muchacho que me limpia la espada; ya se lo dije que no afile tanto. ¿Conque se murieron?

—Así dice el parte del alcalde.

—¡Malhaya la delicadeza!

—Conque, ¿qué dice amigo? véngase con los muchachos.

—Baeno; y de qué me vengo?

—Pues de mayor. ¿Y qué tal gente?

—*Digasté, diatiro* buenos; saben de todo.

—¿Se cuenta con ellos?

—¡Pues no! y á la hora que usted quiera; son de lo que hay...

—Pues lo daré á conocer.

—Vaya si me hace favor, antes que vuelvan á menear lo de los lastimados de ayer.

Gómez silbó de una manera particular, y se presentó un ayudante.

—Oiga, don Poli, mire, que den á reconocer en la fuerza al señor como el mayor; ya sabe:

—Sí, mi coronel, se tocará orden general.

—Pues vaya, que toquen orden.

—¡Clarín de guardia! gritó el ayudante.

No había en la fuerza más que un clarín, y á éste le tocaba siempre la guardia.

—¡Mande! gritó el clarín tocándose el sombrero.

—Que toque orden general.

El clarín obedeció.

El ayudante formó á los pocos soldados

que pudieron reunirse, y les comunicó que había un mayor en la fuerza y siete altas en el servicio.

—Mire, don Poli, escriba una comunicación al general diciéndole que hoy se han presentado á mi fuerza siete voluntarios armados y montados, y que yo he de procurar que la fuerza se aumente; independencia y libertad; ya sabe.

—Está bien, mi jefe.

—Pues vaya á traer á los muchachos.

—¿Pues *onde* están?

—Allá abajito.

—Pues vaya y no se tarde, no se ofrezca algo.

El Pájaro no tardó en montar y en emprender, á galope, el camino para recojer á los muchachos.

Después de hora y media, entraban á la población ocho hombres armados y perfectamente montados; algunos de ellos traían la bufanda más alta de lo que la temperatura podía exigirles; pero se conocía que eran personas afectas á cuidarse el cútis.

No parecieron mal los muchachos á Gómez, y en el acto mandó llamar al habilitado.

—Oiga, le dijo, á ver si socorre á las altas.

—¿En qué clase, mi jefe.

—En clase de...

—En clase de oficiales, se apresuró á decir el Pájaro.

—A todos como subtenientes.

—Está bien, mi jefe.

Y el habilitado fué á hacer sus cuentas.

Al cabo de algún tiempo volvió.

—Ya están socorridos, mi jefe.

—Bueno. ¿Y dígame, ya pagaron todos los del préstamo?

—Faltan el de la tienda grande y el del rancho.

—¿Y qué dicen esos?

—Que no tienen dinero.

—¿Ya les dijo que los fusilo si no aflojan?

—Sí, mi jefe, se lo dije; pero....

—Pues á esos nos los llevamos.

En modos de adquirir, Gómez había llegado al expeditivo é infalible de la exacción:

todo parecía dispuesto para satisfacer las necesidades de Gómez; circunstancias por las cuales llegó á estar tan contento de sí mismo como de la patria, y desde entonces adquirió el aire de jefe y de superior á todas luces.

En efecto, Gómez ejercía el poder absoluto en nombre de la libertad, de la que era el primero en aprovecharse; cooperaba prácticamente á la salvación de la patria; y á la sombra de idea tan luminosa, Gómez era absolutamente dueño de sí mismo, teniendo su voluntad por ley, su fuerza por razón y á la nación por responsable.

Ante tan risueño cuadro, el Pájaro veía un nuevo cielo abierto á su ambición, y se sorprendió de cómo aquel intrincado dédalo de su conciencia, aquella grave cuestión sin salida de sus deudas ante la ley y la justicia, encontraba una solución expeditiva, irreprochable, absoluta.

Jamás en los sueños de un ladrón pudo surgir este luminoso consuelo.

Ahorcar á la justicia.

Ni Jerjes, ni Cambises ni Nerón asumían poder más alto, ni ejercían su dignidad real en la más estupenda de las matanzas, con más aplomo y sangre fría que Gómez.

El mismo Cambises, matando al buey Apis y á sus sacerdotes, no sonreía con más gracia al olor de la sangre, que Gómez después de haber disparado su revólver.

La barbarie de los primeros tiempos ejercida en plena civilización, hacía de Gómez la invulnerable entidad de las montañas y el irresistible azote de las poblaciones.

Estas ametralladoras humanas pasan á la posteridad nadando en lagos de lágrimas y sangre, después de haberse considerado en el mundo completamente felices.

Al partir del pueblo en que renovaron su amistad Gómez y el Pájaro, la lucha de la defensa nacional había tomado incremento: había más hombres y más armas, y las mismas víctimas estaban besando el cuchillo que las había de degollar, en la creencia de que aquellos eran legítimamente sus salvadores políticos.

A este punto llegó Gómez en su gloriosa carrera; pero para llegar allá hubo de dejar consignados para su historia algunos episodios que tenemos el deber de narrar por ligarse con la historia de nuestros personajes, en gracia de lo cual nos perdonará el benévolo lector que retrocedamos para volver á tomar el hilo de los acontecimientos.

